

Ó el dios de los combates, que el impío  
Hizo rodar osado de sus aras,  
Que airado pide del azteca pueblo,  
¡Sangre y mas sangre por ofensa tanta!

Y en realidad: un instrumento bélico  
Su siniestra sustenta; en tanto alza  
Con la desnuda diestra musculosa,  
Á herir aquel, una potente masa.

Era Xolotl, el máximo pontífice,  
El blanco espectro de la excelsa talla:  
Á nombre de los dioses ofendidos,  
El atambor sagrado resonaba.

No es vez primera que el hispano escucha  
Su son siniestro. Su influencia mágica,  
La noche triste, ¡cuán funesto estrago  
Sentir le hizo en la fatal calzada!

Tembló Cortés, temblaron los caudillos,  
Y las sangrientas filas castellanas;<sup>101</sup>  
Y temblaron las haces tlaxcaltecas,  
Y las demas naciones aliadas.

Porque la ira del azteca entonces  
Era la muerte: su terrible saña  
Mas temida que un rayo de los cielos,  
Ó de la tierra una erupcion volcánica.

Mas Cortés se repone unos instantes;  
Blande feroz la formidable lanza,  
Manda, hacer fuego al sumo sacerdote  
Que bate aún la sonora caja,

Y arremete á la inmensa muchedumbre;  
Que se mueve tornándose compacta,  
Para caer de un golpe sobre el grueso  
De las adversas, insultantes masas.

Cuahutimótzin dirige el movimiento  
Desde el gran palanquin de oro y nácar:  
La multitud ante sus piés meciéndose,  
Con voz de trueno amenazante brama.

Chocan entrambos bandos: y el estruendo  
Tan espantoso escúchase á distancia,  
Y es el estrago tal, cual si chocasen  
Salidas de sus centros las montañas.

Rimbomba en vano el fulminante bronce,  
Hieren doquier en vano las espadas,  
Los corceles en vano desconciertan,  
Silban en vano las candentes balas.

El combatiente rey, tal vez arenga,  
Tal vez, dejando el palanquin de nácar,  
Se precipita en medio de las lides,  
Y postra, ó hiere, ó descoyunta, ó mata.



= ¡Cuántas veces Cortés medir quisiera  
 Con el bravo doncel sus férreas armas!  
 Mas entre ambos héroes se tendían  
 Cual muros bronceos, las reales guardias.

Cada español arrebatado en triunfo  
 Con torrentes de sangre se compraba;  
 ¡Pero cuántos de ellos no rindieron  
 Su hálito mortal ante las aras!

Al número, al acero y disciplina,  
 Sobrepuja el valor y la constancia:  
 Y triunfa, en fin, del coligado imperio,  
 ¡Tenochtitlán... la reina de las aguas!

Los enemigos, el esfuerzo unido  
 De la imperial ciudad que se levanta,  
 No pueden resistir!... Y las falanges  
 Zempoaltecas, cohuixecas, texcocanas,

Chalqueses, cholultecas y tlahuicas,  
 Las soberbias venidas de Tlaxcállam,  
 Y las mismas de invictos semidioses,  
 Las engreidas líneas castellanas,

En fuga infame salvacion buscando,  
 Vuelven medrosos la medrosa planta.  
 Ni el gran cañon que al fulminar mentía  
 El rayo y el relámpago en la plaza,

A llevar atendieron. De los unos  
 Asustan á los otros las pisadas:  
 En confusion tan grande, los postreros  
 Arrollan las legiones de vanguardia,

Y todos á la vez á las legiones  
 Sin combatir que llenan la calzada.<sup>102</sup>  
 Los corceles tan solo, revolviendo  
 De vez en cuando, al filo de la lanza

Ó al ímpetu de todos en columna  
 El brio del azteca recataban.  
 Los bergantines por entrambos lados  
 Protejen la afrentosa retirada,

Mientras allá en sus puntos, Alvarado  
 Y Sandoval, asaltos simularan  
 Distrayendo al azteca que persigue  
 Del español la fugitiva planta.

En tanto el horizonte en occidente  
 Tiñéndose de fuego y escarlata,  
 Y mintiendo despues mares de sangre,  
 Sorbió del sol las postrimeras ráfagas.



Al envolver la luna al mundo inmenso  
En su velo purísimo de plata,  
Iluminó en los campos enemigos  
Escenas tiernas, si á la vez contrarias:

Tenochtitlan depura los placeres;  
Ó llora acaso por las prendas caras,  
Niña locuela que á su rostro trae  
Llanto y sonrisas, regocijo y lágrimas.

—En los reales de Cortés imperan  
Luto, coraje, confusion y rabia;  
Ó tambien, el contento que en el labio  
Hacen vagar risueñas esperanzas.

---

Brotó en el orto su encendida esfera  
Vívido Apolo, y paseó con ansia  
Por entrambos reales enemigos  
Curioso del suceso, sus miradas.

Halló á Cortés fraguando planes nuevos:  
La nacion otomí se le avasalla,  
Y el príncipe Ixtlilxóchitl le envía  
Cincuenta mil guerreros de su guardia.

Y el ambicioso capitan sonrío....  
Tiene á sus piés á la fortuna esclava:  
¡El imperio del mundo de occidente,  
Suicida, vuelve contra sí sus armas!

¡Cuán bellas las imágenes ocupan  
Del bandido la mente acalorada!....  
¡Cuán dulces ilusiones le extravián!  
Cuán hermosos delirios le arrebatan!

Mira en sus sienes un laurel eterno  
De eterna gloria.... Ve bajo su planta  
Cien diademas de príncipes vencidos....  
Cien cetros de los reyes del Anáhuac!

Y dividida al filo de su acero,  
De la sangre del héroe salpicada,  
Sobre sus vestes ehorreando sangre,  
De Cuahutimótzin, la sagrada tiara.

Y ve á sus piés el trono de topacios  
Oro y diamantes, perlas y esmeraldas;  
Y bajo inmensa bóveda zafírea,  
La vírgen tierra con su red de plata.

Mira despues una sangrienta sombra  
Que le echa en rostro con siniestra calma,  
Sus traiciones, perfidias y perjurios,  
Su vil ingratitud, sus asechanzas.



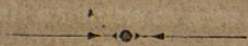
“Yo te albergué,” le dice, “en mis palacios,  
 “Mansiones de mis padres venerandas;  
 “Yo te colmé de valiosos dones,  
 “Plumas, estofas, pájaros y alhajas.

“Y te dí pan, y te cedí mi imperio,  
 “Te amé con sencillez leal y franca,  
 “Y te adoré como á deidad; é inciensos,  
 “Oro y diamantes ofrecí en tus aras.

“Ah! hipócrita impostor, amigo pérfido,  
 “Ya conozco á ese Dios de quien me hablabas!  
 “¡Tiembla, apóstol sacrilego, y su cólera  
 “No te confunda al quebrantar tu máscara!

“Ese Dios es muy bueno: Odia la sangre,  
 “Odia la ingratitud, las asechanzas,  
 “Odia el hurto, el ultraje, la violencia,  
 “El dolo, la lujuria, la arrogancia....

“Y odia al amigo que al amigo vende,  
 “Y al que invoca su nombre en las matanzas,  
 “Y se complace en admitir tan solo  
 Las almas puras, apacibles, cándidas....”



Moteuczoma calló: Cortés de súbito  
 Como en pos de la sombra se levanta:  
 Cual si volviese de espantoso sueño,  
 Despeja sus potencias angustiadas....

Y cerciorado de que son ficticios  
 Halagüeños y lúgubres fantasmas,  
 Piensa tan solo en su misión maldita  
 De incendios, violaciones y desgracias.

A este fin apresta sus legiones,  
 De cien mil combatientes reforzadas;  
 Y el mismo plan á sus caudillos dicta:  
*De dar con él á la perdida plaza*

*Súbito asalto general, con todas  
 Sus disponibles fuerzas, combinadas:*  
 Y á fin de precaver el grave daño  
 Que doquiera sufrió desde las casas,

Palacios y edificios dominantes;  
 Y á fin de precaver la retirada,  
 Que con profundos fosos improvisos  
 El incansable azteca le cortara,

Proveyó de instrumentos destructores  
 Y resinosas teas inflamadas,  
 Sin mas objeto que allanar los óbices  
 Á diez mil aliados de Tlaxcállam.



Otros diez mil debían ocuparse  
 Tan solo de llenar las luengas zanjas,  
 Terraplenar los fosos, tender puentes,  
 Ó descubrir las cónditas celadas.<sup>103</sup>

---

Suena la hora: muévense las haces:  
 Las columnas terríficas avanzan,  
 Con interlíneos de encendidas teas,  
 De azadones cobrizos y de barras.

Los bergantines por entrambos flancos  
 Lentos agitan sus inmensas alas:  
 Hacen crujir los bélicos corceles  
 El hierro del arnés, en retaguardia.

---

He ahí otra vez las torres y azoteas,  
 De incansables guerreros coronadas:  
 He ahí otra vez el espantoso estrago  
 De las piedras, las vigas y las astas.

Mas, ah! que ahora, cual legion que el Antro  
 De su encendido seno vomitara,  
 Caen sobre los bellos edificios  
 Las desleales filas aliadas.

Y entre tanto retumban en los muros  
 Los formidables golpes de las barras,  
 Devoran las techumbres y cancelos,  
 Doquier lamiendo, las sedientas llamas.

Cual puñado de arena arrebatado  
 Del aquilon en las violentas ráfagas,  
 Son volados, excelsos torreones,  
 Templos y muros, pórticos y casas:

Despues, si alguien yace moribundo;  
 Si un combatiente ó una vírgen cándida,  
 Si un anciano ó un niño.... ¡la cuchilla  
 Con sus vitales hálitos acaba!....

.....  
 = Así cubriendo de ceniza y sangre  
 El espantoso rastro de su planta,  
 Por vez segunda penetrar pudieran  
 En la ciudad las huestes castellanias.

Y siguiendo su obra detestable  
 De destruccion, entregan á las llamas  
 Los diez mil incendiarios (segun órden  
 De Hernan Cortés) las imperiales casas.



Los bienhechores techos que acojieran  
Hospitalarios á la vil canalla,  
¡Son los primeros que el ingrato huésped  
Diera al furor del fuego y las azadas!

Ni recordó que fueron, las mansiones  
Del triste Moteuczoma veneradas,  
Do Axayacatl, que levantó sus muros,  
En invisible espíritu, vagaba.

Al desplomarse el edificio excelso,  
Tenochtitlan en torno se cimbrara,  
Y ancho sudario de ceniza negra  
El esmalte nubló del panorama.

Los implacables aliados ponen  
Sus inextintas teas á las jaulas,  
Do los lobos, jaguares y leones  
Y otras fieras rarísimas, se guardan.

Y las unas, heridas por el fuego,  
Con ronca voz amenazantes braman:  
Las otras huyen, á través cruzando  
Del polvo, la ceniza y llamaradas.

Y rugientes, revuelven espantosas  
Por las calles, los tránsitos y plazas:  
Ó huyen á los montes intrincados  
A ocultarse en las quiebras y cañadas.

.....

= La misma suerte corre otro edificio:  
La imperial pajarera, do la gualda,  
El rosieler, el ópalo y la púrpura,  
En bellísimos pájaros brillaba.

Las inocentes aves, ó sucumben  
Entre el furor de las rojizas brasas,  
Ó, alzando el vuelo al aire enrarecido,  
En confusion se cruzan desbandadas.

Yo no sé qué de negro sentimiento  
Este extraño espectáculo causaba:  
Las primorosas aves, consumidas  
En las olas igníferas sus alas,

Lentas acaso, en turbulento giro  
Con esfuerzo gravísimo se alzan;  
Acaso agonizantes, dés la altura  
Al fuego tornan, que á las tristes traga:

O al golpe espiran; y al lanzar el hálito,  
Con triste voz parece que reclaman,  
Fijando en los guerreros sus pupilas  
Ya extinto el iris de cristal,—“venganza.”

Algunas que libertan, á los bosques  
Huyen; do acaso en su canora jácara,  
Narrarán á las otras avecillas  
Las crueldades iberas, asustadas.



Los aztecas quedáronse de pronto  
 Como espantados de maldad tamaña:  
 Sus pórticos, sus templos, sus alcázares  
 ¡Desparecido habían!... ¡Cuán amargas,<sup>104</sup>

Cuán sensibles asoman á sus párpados  
 (No pueden menos) las brillantes lágrimas!  
 Empero no hay poder sobre la tierra  
 Que á dominar su espíritu bastara.

Cuanto mas se le angustia, mas el odio  
 Acrece allá en el fondo de su alma;  
 Y reúne sus fuerzas, y se arroja:  
 Y por segunda vez, impera el águila

En el teatro de la gloria brinda  
 Frescos laureles, esplendentes palmas.  
 Atacado por puntos contrapuestos,  
 En todos lucha!... en todos se le halla,<sup>105</sup>

Siempre feroz, osado, infatigable;  
 Siempre mas firme, ardiente y entusiasta;  
 Y siempre á mas sus desatados bríos,  
 Y siempre á mas su inextinguible saña.

.....

Triunfante el español, ¿por qué no osa  
 Sus reales sentar, donde su planta  
 Dejó la huella de humeante sangre,  
 Donde su mano levantó la llama?

¡Por qué?—Porque aun existen mexicanos...  
 Y en la heroica ciudad, *para tomarla,*  
*No ha de alentar un solo combatiente,*  
*No ha de quedar en puño ni una clava!*

¡Pues aquel combatiente, temerario,  
 En su esfuerzo postrer, desafiara  
 A las triunfantes haces... se midiera  
 Hasta morir en la dispar batalla!

Y hubo, en fin, el hispano de tornarse  
 A sus pristinos fuertes, do las armas  
 Del incansable azteca le persiguen  
 Mas allá aún de fosos y murallas.<sup>106</sup>

---

Lanzó á los cielos su aperlado globo  
 Entre celajes lúgubres Diana:  
 Y ruinas hallando do estuviera  
 La gran Tenochtitlan, dejó apiadada

Caer desde la bóveda cerúlea  
 Una brillante, cristalina lágrima,  
 Cuyo contacto estremecer hiciera  
 Del muerto lago las sangrientas aguas.

---



Apolo que al rasgar sus cortinajes  
De terciopelo y purpurinas gasas,  
Siempre alumbró la repugnante escena  
De perfidias, incendios y matanzas,

Se estraña de alumbrar algunos días  
Tan solo escenas de dolor y lástima.  
=¡El asedio se estrecha!... los cadáveres  
Sus hálitos mortíferos emanan!

Y la sed, y la hambre y la epidemia  
Devorarán á la ciudad infausta!....  
¡El plomo y los cuchillos españoles  
Eran menos terribles que estas plagas!

.....  
=Pasa un día, otro y otro; y el presente  
Siempre es peor que el último que pasa.  
“¡Un pedazo de pan para mis hijos!”  
Gritan doquier las madres desoladas.

Sin el agua potable, ¡en vano busca,  
Para templar la sed en que se abrasa,  
Sediento el labio!... y por doquiera el aire  
Vibra estos gritos: “Que me abraso!... agua!...”

¡Ni quién del lago á la salobre linfa,  
Do en putrefacto inmundo sobrenadan  
Los lívidos cadáveres sangrientos,  
¡Qué horror! sus labios aplicar osara?

=¡Mas nadie cede aún! Comen raíces  
El pueblo y el que ciñe la tiara! <sup>107</sup>  
El zumo beben del nopal jugoso  
Niños y viejos, príncipes y sátrapas!

Todo lo arrostran, todo lo desprecian:  
Y del anciano á la doncella casta,  
Desde el niño al forzado combatiente,  
Desde el pechero al ínclito monarca,

“¡Mil veces no! La muerte, sí!—La muerte,  
“La sed, la hambre, el fuego, solo espantan  
“A quien no haya tenido en sus hogares  
A los sangrientos tigres de la España!”

.....  
=Decían: y esgrimían en lo alto,  
Aquellos el macuáhuítl ó la clava,  
Los otros el arpon ó la saeta,  
O extravagantes, improvisas armas.

Tal era el fuego, tan subido el temple  
De las de entonces, belicosas razas.  
Cortés que demasiado lo supiera,  
El éxito esquivando de las armas,

(En tanto estrecha el inhumano asedio)  
Envía á Cuauhutimoc esta embajada:

“Salud y paz al príncipe impertérito,  
“Lauros y gloria al héroe del Anáhuac.



“ Vos dais la muerte al pueblo que ha ceñido  
 “ A vuestras sienas la imperial tiara:  
 “ Y es, por salvarle dar la propia vida,  
 “ Si es menester, deber de los monarcas.

“ Vuestro imperio... era vuestro!... ahora es mio!  
 “ Tenochtitlan os queda! mas miradla:  
 “ ¡Es ya casi un cadáver!... ah! tan bella,  
 “ Y por vos en escombros sepultada!

“ De mi señor en el sagrado nombre,  
 “ Y del vuestro tambien que le acatara,  
 “ Os requiero tornar aquese trono  
 A su dueño lejítimo, la España ”

“ ¡Insolente, mentís! ” contesta el jóven,  
 “ Moteuczoma creyó las amenazas  
 “ Y promesas que á nombre de los cielos  
 “ Vuestro labio sacrílego fraguaba,

“ É imbécil el indigno mexicano,  
 “ Supersticioso, traicionó á su patria.  
 “ Mas sabed *¡que en las leyes del imperio*  
 “ *Es nulo el pacto que su gloria mancha!*

“ Conozco los deberes que me cumplen  
 “ Hácia este pueblo á quien adora el alma,  
 “ Y en testimonio, oidlos: Enseñarle  
 “ A aborreceros, gente sanguinaria,

“ Enseñarle á arrostrar la sed, la hambre,  
 “ A defender sus hijos y sus aras,  
 “ A contrastar con sus desnudos pechos  
 “ Vuestro fuego, cuchillos y metralla:

“ Mas á no flaquear; no dar oidos  
 “ Un solo instante á vuestra verba falsa,  
 “ Y sucumbir sereno en la tortura;  
*Mas nunca transigir con vuestra infamia.”*



Con tal message, Hernan Cortés resuelve,  
 Perdidas las postreras esperanzas,  
 Prolongar el asedio: á intervalos,  
 Ensayando la toma de la plaza.

Sesenta dias la ciudad resiste  
 La penuria, el incendio y las batallas.  
 ¡Eran trescientos mil sus combatientes!...  
 ¡Cien mil tan solo quedan á su guarda!

Los demas!... son cadáveres! Sus cuerpos,  
 Hascinados doquiera,—en las murallas,  
 En los atrios, los templos y los puentes,  
 ¡En espantosos montes se levantan!



Ni el sepulero siquiera! porque el hispano  
No cede un solo instante! . . . é inficionada  
Al putrefacto la vital atmósfera,  
Es ahora la muerte el respirarla.

Se disputan las víctimas, ansiosos,  
El español y sus mortales plagas. . . .  
=¿Qué pueblo contrastó tantas angustias,  
Que pueblo cuenta abnegacion tamaña?

Oid aún! Cortés yace indeciso  
Del éxito dudoso de sus armas;  
Y reuniendo á los suyos, les pregunta:  
“Qué debe hacer para domar la saña

De aquellos mexicanos invencibles  
Que así el enojo del leon burlaban?”  
“Qué deberás hacer! y lo preguntas!”  
(Dijo Alderete, usando la palabra:)

“Caer sobre sus restos miserables,  
“Y de un golpe tornarlos á la nada;  
“Y el cetro de tu rey, y el sacro ligno,  
Afirmar en su trono, y en sus aras.”

Cien aplausos tronaron en contorno.  
Cortés, empero, juzga temeraria  
Empresa tal; mas el consejo insiste,  
Y el capitán el parecer abraza.

El tesorero continúa: “¡Mengua,  
“Baldon infame á la guerrera España,  
“Ser arrojadas siempre sus legiones  
“Ya en cien combates por las hordas bárbaras!

“¡Mengua para valientes caballeros,  
“Dormir al raso: en tanto se dilatan  
“Hácia doquier, á do la vista apenas  
“Puede llegar, alcázares y casas.

“Llamemos por tres líneas divergentes  
“La atención del indómito monarca,  
“Y caigamos de un golpe sobre el templo  
De Tlaltiloleo y su fastosa plaza.”

Truena de nuevo universal aplauso:  
En los pechos renace la esperanza;  
Y aquellas fieras, recobrado el brio,  
En dulces raptos de ilusión, se abrazan.

Se aprestan las falanges, se aderezan  
Trenes, convoyes, bergantines y armas:  
Los incendiarios se procuran teas,  
Los hacheros arbolan las azadas.

Sandoval y Alvarado con sus fuerzas  
Deben traer la boreal calzada;  
Alderete y Cortés con Ixtlilxóchitl,  
La que tendió en el lago Iztapalápan:



Y Olid y Ordaz, las que las linfas sulcan  
Hacia Tlacópan, de memoria infausta,  
Y hacia Chapoltepec, do los iberos  
Quebraron los rieles de las aguas.

A cada cual se imparte una columna  
Cual gruesa nube del electro hinchada:  
Los hispanos en todas van al frente,  
Si á pié con rayos, si en coreel con lanzas.

.....

=Cae la hora, los clarines suenan:  
Y al repetir los pífanos y cajas,  
Se mueven las columnas, cual á impulsos  
De superior potencia simultánea.

Las falanges aztecas, que en vigilia  
Están siempre ante el foso y palizadas  
En los opuestos puntos amagados,  
Hacia las gruesas haces se adelantan.

Vistas desde lo alto, se dirian,  
Al columpiarse sus cimerae lánguidas,  
Cuatro torrentes de esmaltadas plumas,  
Allí brotados á influencia mágica.

Cuahutimótzin, allá desde el Mexitl,  
Con diadema de perlas y esmeraldas,  
Sobre improviso trono de topacios,  
Mira estallar las iras desatadas.

En diagonal sobre su pecho pende  
Doble cordon de vívida escarlata:  
Es destinado á una trompeta córnea,  
Con incrustados de zafiro y nácar,

A cuya voz fatídica, terrible,  
Tenochtitlan entera, levantada,  
Hará el esfuerzo postrimero un día  
Por defender su libertad, sus aras.

Xolotl al lado del augusto príncipe,  
Parece el genio protector de Anáhuac:  
Cintilan en sus órbitas profundas  
Al giro de sus ojos las miradas:

Con la nuda siniestra musculosa,  
El atambor sustenta... y solo aguarda  
El momento supremo en que al batirle,  
Anunciará el rebato de venganza!...

---

=¿Mas dónde están las huestes belicosas?  
¿Dónde sus tigres y altaneras águilas  
Que ha un instante, entre las plumas móviles,  
Doquier se erguan en doradas astas?



¿Acaso huyeran? = Alderete al menos  
Así lo crée; y, desviado, lanza  
El brioso corcel y su falange  
Hacia algunas fracciones desbandadas.

¡El tigre se ensangrenta! y hiere, postra,  
Atropella, deshace, trunca y mata,  
Y envanecido de sus triunfos fáciles,  
Ávido aún de sangre y de matanzas.

Se arroja hasta sentar en Tlaltilolco,  
Cabe sus muros, la altanera planta.  
—Mas Cuahutimótzin ordenado habia  
Replegarse á las huestes mexicanas;

Y sin embargo que Cortés, mas hábil,  
Del tan fácil laurel desconfiara,  
No alcanza, del hidalgo dividido,  
Ni su consejo á darle, ni sus armas.

¡Y la imperial vocina ha resonado!  
Y de distantes calles escusadas,  
En muchedumbre los guerreros brotan,  
Como al mágico influjo de una hada.

Y se estrellan columnas con columnas,  
Grupos con grupos; armaduras y armas  
Con petos de plumaje y pedrería,  
Y láminas de frágil obsidiana.

O combatiente á combatiente lidian;  
Y al henderse el puñal en las entrañas,  
Y al espirar, entrambos se contemplan  
Con fiero ceño, ó con sonrisa amarga.

El engreído caballero entónces  
Cede á estas verdades bien amargas:  
“Primera, que sus triunfos son efímeros;  
Segunda, que el azteca le burlaba!”

Cortés le ve bregando con las ondas  
En un mar de guerreros, á distancia.  
É hiriendo los ijares á la yegua  
Que monta entonces, cual la nieve, cándida:

Vuela hacia él; guiando su cohorte  
De treinta mil guerreros, reforzada,  
Veinte corceles de armaduras férreas,  
Dos piezas de batir, dos de batalla.

El caballero, en vergonzosa fuga  
Buscando la salud, cede sus palmas:  
Y si se vuelve á simular el brio...  
Resuena acaso la sagrada caja

De Xolotl inflexible, desde el templo,  
O la córnea vocina del monarca,  
Y siguiendo el escape, pisa escombros,  
Y salva acequias, y traspone zanjas.



Mas cuando piensan ya, Cortés prudente,  
Y el insensato tesorero, alcanzan  
A reunirse, y volver sobre las haces,  
Hasta extinguirlas en cabal venganza,

Se encuentran divididos por un foso  
Que mece entre ambos sus profundas aguas.  
Resuena entonces la imperial vocina:  
Las aztecas falanges dan la carga:

Y se combate á muerte,—dentro el foso  
(Acaso con las ondas á la barba),  
Lejos de él, y en sus opuestas márgenes,  
O en los declives que á su asiento bajan:

Y allá tambien en las distantes calles,  
En los excelsos templos, en las plazas,  
En los puentes, los muros y azoteas,  
Salidas, cortaduras y calzadas.

¡Es igual el ardor, igual el brio,  
Iguales los estragos y matanzas,  
É iguales las hascinas de cadáveres  
Que de entrambos guerreros se levantan!

.....  
=Mas tornemos al foso. El caballero  
Ha dejado el bridon en la estacada;  
Y á pié luchando dentro el cieno, apénas  
Llega al caudillo: cuando á tierra saltan

Seis guerreros atléticos, que al último  
Hieren á un golpe de nudosa clava,  
Le derriban, y elévanle en los aires  
Como un trofeo. Acaso le mataran;

Pero es al azteca, mas glorioso  
Arrastrar al vencido hasta las aras  
Por medio los ejércitos adversos,  
Que usar con él sus victoriosas armas.

---

Ah! cuán caro pagó tan noble orgullo!...  
=Sin Dios, sin rey, sin libertad, sin patria,  
Arrastró las cadenas tres centurias  
Bajo el yugo de hierro de la España!

---

Mas ved ahí: cual niño arrebatado  
El colosal Cortés era á distancia,  
Cuando Lerma, y Olea su escudero,  
Llegan, y fulminando las espadas,